

# **TIRO EN LA CABEZA. DE LA DISTANCIA COMO FORMA DE APROXIMACIÓN**

Por MIREIA RODRÍGUEZ

**T.O.:** *Tiro en la cabeza*. **Producción:** Fresdeval Films, Wanda Vision, Les Productions Balthazar. **Productores:** Jaime Rosales, Jose M<sup>a</sup> Morales, Jérôme Dopffer. **Director:** Jaime Rosales. **Guión:** Jaime Rosales. **Fotografía:** Oscar Durán. **Montaje:** Nino Martínez Sosa.

**Intérpretes:** Ion Arretxe, Iñigo Royo, Jaione Otxone, Ana Vila, Asun Arretxe, Nerea Cobreros, José Ángel Lopetegui, Iván Moreno, Diego Gutiérrez.

**Color** – 85 min. **Estreno en España:** 3-X-2008.

Octubre de 2008 fue el mes elegido para el estreno de *Tiro en la cabeza*, justo unos días después de su presentación oficial en el Festival de Cine de San Sebastián. Proyectada en apenas 18 salas de toda España y en el Museo Nacional de Arte Reina Sofía, la película de Jaime Rosales aportaba la novedad de poderse ver a través de la red como si de la asistencia a un cine se tratara, con cuatro sesiones por día, pagando una entrada de 3,40 euros y con un aforo máximo por sesión de 100 personas. Pero ni la introducción de este método ni la polémica suscitada desde su estreno en diferentes medios informativos, no ha evitado una afluencia de público y recaudación discretas. Cabe remarcar estos datos porque al fin y al cabo ponen al descubierto la realidad del cine español e internacional, donde los intentos de algunos por buscar una forma audiovisual genuina, honesta con aquello que se quiere explicar, son una y otra vez marginados por toda la maquinaria empresarial cinematográfica y también por un público mayoritario acostumbrado a asociar cine a ocio de consumo rápido, a atracción casi vodevilesca, donde no cabe la paciencia necesaria para abordar un ‘producto’ que no siga las pautas más ampliamente reproducidas y fácilmente decodificables. Cine como territorio inexpugnablemente defendido por y para la dispersión, vetando cualquier atisbo de posibilidad real de reflexión por parte del espectador.

Jaime Rosales propone su particular ‘acción’ contra este sistema a través de una película que se sale de los moldes de la narración más rancia tanto en su estructura y presentación de la trama argumental (difumina la clásica presentación-nudo-desenlace) como en el punto en el que sitúa la cámara (todo está rodado con teleobjetivo), la negación del sonido propio de lo que vemos en imagen y la dilatación de las situaciones que observamos. Todo esto es lo que realmente obliga al espectador a tomar cartas en el asunto, lo que le debe empujar a implicarse para poder llegar a cuestionarse qué es aquello que está viendo en pantalla.

Secuencia tras secuencia somos testigos oculares de una serie de situaciones aparentemente anodinas y desconectadas argumentalmente entre sí en la vida de un hombre cuarentón. Lo perturbador nace del hecho de que la inmensa mayoría de espectadores de *Tiro en la cabeza* son conocedores antes de entrar a la sala de proyección de que el film está basado en el atentado de diciembre de 2007 en Capbreton, al sur de Francia, en el que dos miembros de ETA asesinaron a dos guardias civiles. Es este conocimiento el que marca un plus de sentido y búsqueda por parte del espectador en todas esas secuencias aparentemente intrascendentes: ¿de qué estará hablando con tal o cual persona? ¿qué significa este o aquél gesto? ¿acaso Rosales nos está invitando a pensar que la vida cotidiana de este hombre y su implicación en la banda son en realidad inseparables, que están irremediabilmente entretrejidadas? El elemento terrorista adquiere así una potencia difícilmente igualada por películas anteriores donde el etarra, ya fuera para bien (*Operación Ogro*, *La fuga de Segovia*) o para mal (*Yoyes*, *Asesinato en Febrero*), quedaba perfectamente diferenciado del ciudadano de a pie. Si no supiéramos de antemano que el film conducirá a un atentado, el proceso de lectura que seguiríamos sería muy distinto, llegándonos totalmente por sorpresa el momento del asesinato; el protagonista de *Tiro en la cabeza* podría ser cualquiera.

El juego que se nos propone es un juego de espacio, de distancias (y cercanías). La negación de la proximidad física respecto a los personajes sitúa la cámara en una suerte de demiurgo imparcial que minimiza en lo posible la exaltación emotiva para así dejar lugar a la (re)visión crítica de los hechos. Es sin duda un llamamiento casi desesperado a la lectura individual de cada espectador, a que trate de rellenar y comprender el sentido de los espacios visuales y sonoros voluntariamente eludidos.

Mantener la distancia, no querer una implicación íntima con aquello que se muestra. Es una historia rodada desde el afuera, vigilando e incluso espiando pero sin por ello llegar a comprender lo que sucede. La distancia excesiva da pie a la aparición de interferencias entre el observador y su objeto de estudio; Rosales traduce visualmente esto potenciando un recurso ya apuntado en *La soledad* (2007), su anterior película, consistente en hacer aparecer obstáculos físicos entre el espectador y los personajes (quedando estos últimos ocultos en mayor o menor medida): puertas, paredes, ventanas, cristales, cuerpos. Nosotros, la sociedad, el ojo que acecha, no seremos capaces de penetrar realmente en lo que sucede con ETA mientras permanezcamos en este punto en que, además de ver de forma sesgada, literalmente no escuchamos.

Aparece como clave de este posicionamiento la secuencia post-asesinato, donde los participantes de la acción escapan en coche. Vemos durante un espacio prolongado de tiempo a nuestro hombre, sentado en el asiento trasero del coche. Su semblante es serio, no muestra satisfacción por acabar de matar. Parece apercibirse de la gravedad de haber acabado con la vida de un ser humano. Y esto, el no mostrarlo jubiloso ante el éxito logrado, le resta la maldad extrema que se le entiende de por sí a un terrorista. Esto nos lleva a pensar en un Rosales que no quiere hacer una película sobre ‘buenos y malos’ sino sobre el Hombre y sus circunstancias, circunstancias siempre determinantes

y a la vez difícilmente comprendidas para los que no las viven en su propia piel. He ahí la distancia insalvable entre el espectador de *Tiro en la cabeza* y la historia que ella nos enseña; esas circunstancias nos son ciertamente extrañas, de ahí que se juegue a no darnos demasiadas pistas sobre qué ocurre en muchas de las secuencias. Rosales quiere que sintamos en nuestra propia piel el desconocimiento, que hagamos un ejercicio de humildad por entender que al fin y al cabo no sabemos de la misa la mitad. La película no pretende explicar los móviles, dar mayor o menor crédito, sino simplemente señalar como todo ese mundo es para nosotros algo ajeno de lo que sólo nos llegan pocas e incompletas imágenes sin la voz de los implicados (metáfora perfecta, por ejemplo, del *modus operandi* de los medios de comunicación al hablar de ETA).

Por desgracia, Rosales parece querer guarecerse de posibles críticas por mostrar de manera tan aséptica un tema tan enquistado en el imaginario español y que en la última década se ha traducido cinematográficamente en la tendencia a tratar mayormente las experiencias de las víctimas y familiares de víctimas de atentados, en contraposición a las películas de los años setenta y ochenta donde el protagonismo recaía en el discurso etarra. Por ello es relevante destacar la última secuencia del film, la del secuestro del inocente, el que no tiene nada que ver y acaba recibiendo. El espectador no puede por más que quiera evitar sentirse identificado con este personaje, que no sabe lo que está sucediendo, que se siente atemorizado ante lo que pueda ocurrirle y que será abandonado a su suerte en mitad de un bosque. Pese a que los dos terroristas tratan de calmar a la mujer secuestrada, de hacerle comprender que no tienen más remedio que actuar así pero que su intención no es lastimarla, pese a esto es inevitable no sentir que la situación más que incómoda de esta mujer podría ser la nuestra mañana mismo. Es por ello que el regusto que deja el film es el de su adscripción a un producto final calculado para que a fin de cuentas no provoque excesivas ampollas ni a unos ni a otros.